

3475-05

DON JUAN

**\*CRITICA de TEATRO**

**UN TENORIO COYUNTURAL**

No pude asistir a la gala inaugural del teatro Don Juan. Mis siete smokings violeta, hechos jirones, testigos mudos de mis recientes dueños con doscientos cuarenta y nueve ultrajados comedadores, tan malos espadachines como buenos padres de familia, me lo impidieron. Además tenía una cita en el «Palau» con un viejo amigo, el guitarrista Kenny Burrell, con quien he compartido innumerables soledades pobladas de inconfesables y secretas compañías. Fui al día siguiente, a la tarde siguiente. Creo habérselo contado ya en otra ocasión; me sé el Tenorio de memoria, desde la tierna edad de ocho años. Lo he visto representar muchas, muchas veces, y considero al «Don Juan Tenorio» de Zorrilla como una de las obras más grandes, más «modernas», en su concepción, del teatro español. Y, por si ello fuese poco, ¡qué versos! Deploro, como el que más, que se pierda la tradición del «Teno-

rio», si bien esa falta de interés por el inmortal texto no me parece ni más grave ni más vergonzosa que la que nuestras autoridades culturales, oficiales y oficiosas, muestran por nuestra riquísima tradición teatral y su más que problemática continuidad. Me felicito, como todos ustedes, por la inauguración de este nuevo teatro barcelonés, teatro que si bien su bautizo «tuvo un aire aristocrático, de fiesta de alta sociedad», como dijo un crítico barcelonés, quién sabe si para su primera comunión se rodeará de un público más popular, pues, la verdad, lo mismo que dice Zorrilla de su «Don Juan» podría aplicarse a ese donjuanesco local al servicio del genio dramático:

**Y si en el pueblo le hallé  
y en español le escribí  
y su autor el pueblo fué...  
¿por qué me aplaudís en smoking?  
Y me felicito de que en la cabecera**

del cartel figuren los nombres de Alejandro Ulloa y Mario Cabré. Al primero lo conozco desde chico, desde que mi padre me llevaba al camerino de don Ricardo Calvo, que interpretaba, en el desaparecido Calderón, el personaje de Ignacio de Loyola en «El divino impaciente» que, a su vez interpretaba Ulloa, el de «La Chata», aquella voz que ya me era familiar a través de la radio. Le debo a Alejandro Ulloa, Cirano y Tenorio, excelentes ratos de una infancia asombrada y gozosa. Con el tiempo, he ido siguiendo sus peripecias teatrales, siempre dignas, de gran señor de la escena, y le he acompañado, anónimamente, en otros actos, de una gran emotividad, como en el entierro de don Enrique Borrás, frente al teatro Barcelona, en que Ulloa, escondido tras unas gafas oscuras, nos comunicó, en verso, su noble sentir. En cuanto a otro, al torero poeta, al envidiadísimo acompañante de Ava, para mí siempre fue y será un excelente amigo y uno de los hombres de teatro más ilusionados y honestos de este pequeño país nuestro. Me felicito de verles en la cabecera de este nuevo teatro porque imagino su alegría de poder afirmar, una vez más, su devoción al teatro — toda su vida — y a la figura, enorme, del burlador que tantos y tanto éxitos les dio a ambos. Pero como además de amigo y modestísimo compañero de penas y alegrías dentro del tinglado teatral en el que nos hallamos metidos, no soy ningún hipócrita, les diré, sincera, rotundamente, que no. Si entendemos el teatro como un espectáculo — y no creo que pueda entenderse de otro modo —, hemos de convenir que los papeles que, por su edad, les corresponden a esos dos excelentes cómicos son los del Comendador y de Don Diego, el padre del burlador. No basta con saber decir el verso mejor que un pollo recién apupado, hay que... en fin, hay que ser un pollo, un buen pollo.

En el reducidísimo escenario del nuevo teatro Don Juan, la escena del desafío entre Don Juan — la tarde en que yo fui el burlador lo interpretaba Mario Cabré — y Don Luis (Ulloa), precedida del asesinato del Comendador, era una escena grotesca, grotesca por lo reducido del espacio, por la inexistente lección de esgrima, por la preocupación de don Alejandro en brindarnos una caída digna del más pimpante vaquero de Esplugas City, por la preocupación del Comendador (Juan de Orduña) en no lastimarse al caer, por el piano final de Mario, a lo Errol Flynn, un Errol Flynn al que, afortunadamente, le han suprimido la ventana por donde huir... Una escena grotesca y, en el fondo, triste. Como triste es la escena del sofá, con una Doña Inés (Estrella Sanz), adorable quendolina que confunde los versos con la prosa poética, y con un Don Juan que, en el momento menos pensado, va a colocarnos, entre verso y verso, un anuncio del «Erotyl». Si a ello añadimos que el señor De Orduña no se sabe el papel, hasta el punto de quedarse mudo a las cuatro palabras; que la distancia que media entre Doña Brígida (Rosario Coscolla) y Cuiitti (Joaquín Cardona) es la que media entre una correcta interpretación de principios de siglo y la más absoluta negación de cómo ha de decirse el verso, tendremos una idea bastante aproximada de este «Don Juan Tenorio», espectáculo que he calificado de coyuntural por el olímpico desprecio que demuestra hacia el desarrollo biológico y por el apego al «Yo sigo» y a todo lo que sea condenar la «cirugía estética». Comprendo, repito, lo que deben experimentar estos dos «eternos» Tenorios y Mejías, pero estimo que, a veces, la mejor manera de demostrar su fe, su entrega al teatro y al mito hecho teatro, es el silencio.

Completan el reparto: María Luisa Oliveda (Doña Ana), María Rollán (Lucía), Consuelo de Nieva (Abadesa), Isabel Romero (Tornera), Julián Pérez de Avila (Don Diego Tenorio), Francisco Grijalvo (Capitán Centellas), José Luis Aleixandre (Avellaneda), Jorge Boixeda (Gastón), Jorge Vilaseca (Alguacil 1.), Javier Vidal (Alguacil 2.º), Antonio Martínez (Butarelli) y Fernando Ulloa (Escultor). Para todos ellos, al igual que para los anteriormente citados, hubo afectuosos aplausos.

Pese a lo reducidísimo del escenario, Fabián Puigserver, ha resuelto muy inteligentemente la difícil papeleta de los decorados. Con todo, insisto, no es este escenario para el «Tenorio». Los figurines, espléndidos, de un extraordinario buen gusto, son también obra de Puigserver. La dirección — imposible — es de Alejandro Ulloa.

J. de S.

**T.V. 19" MARCONI**  
 Precio total. 4.500 Ptas.  
 2 años garantía  
**SATEL**  
 Rda. S. Pablo, 46, tienda